

# Dos textos



JOSÉ C. VALADÉS

*La vida de José C. Valadés correspondió a la intensidad de un periodo agitado y creativo de México. En su infancia asistió a las vicisitudes de una familia antiporfirista y maderista; en su juventud participó en la Revolución al lado del general Ramón F. Iturbide, más tarde en la fundación del Partido Comunista y fue dirigente del sindicalismo independiente en los años veintes. Expulsado del país, se dedicó al periodismo en California y Texas y luego, superando obstáculos y trabajando con ahínco, encontró tiempo para la investigación histórica, a la que acabó dedicando por completo sus años de madurez.*

*Entre 1936 y 1976, año de su fallecimiento, publicó más de treinta títulos de investigación histórica, algunos en varios volúmenes. Aunque fue profesor de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Escuela Nacional Preparatoria, su labor histórica fue resultado de su dedicación personal.*

*A la fecha han sido publicados dos volúmenes autobiográficos de José C. Valadés. El primero corresponde a la descripción de la vida lugareña en Mazatlán, de donde era oriundo,<sup>1</sup> y el segundo comprende su época de actividad sindical durante los años veintes.<sup>2</sup>*

*Al comenzar el gobierno del general Manuel Ávila Camacho, Ezequiel Padilla asumió el cargo de secretario de Relaciones Exteriores. Padilla invitó a José C. Valadés para que ocupara su secretaría particular en la cancillería mexicana. El volumen inédito de las memorias de Valadés durante este periodo, que va de 1937 a 1946, contiene interesantes datos y reflexiones sobre la vida política de México. Además de testigo, Valadés fue actor de hechos que caracterizaron esa época, los cuales recoge y observa con la mirada analítica del historiador.*

*Del volumen inédito se han seleccionado dos textos, uno correspondiente a la entrevista exclusiva que diera el entonces presidente electo Manuel Ávila Camacho a José C. Valadés en la que hizo revelaciones sorprendentes para la época, texto que constituye un magistral retrato del presidente Ávila Camacho.*

*El segundo se refiere a un capítulo poco conocido de la política exterior mexicana, en el que Valadés recupera una serie de reflexiones sostenidas con el ministro Padilla ante la proximidad de la guerra, en torno a cuestiones como la posible participación de México en el conflicto y la reanudación de relaciones diplomáticas con la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y con el Vaticano.*

Patricia Galeana

<sup>1</sup> José C. Valadés, *Mis confesiones*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1966.

<sup>2</sup> José C. Valadés, *Confesiones de un joven rebelde*, Universidad Autónoma de Sinaloa, México, 1985.

## ¡Soy creyente!

Llegamos a la casa de Ávila Camacho en Teziutlán, minutos después de que una comisión de diputados y senadores le comunicó oficialmente que era presidente electo de la república. Ávila Camacho, afable, nos invitó a su mesa; pero declinamos la invitación tanto por saber que a la comida sólo le acompañaban sus familiares, cuanto por el deseo que yo tenía de conocer la ciudad antes de hablar con el designado.

Varias horas tomamos en el recorrido por Teziutlán, hablando con sus ilustrados habitantes. Éstos me llenaron de noticias sobre la vida de Ávila Camacho. Apacible y discreta, pero con aire de viejo señorío, es la ciudad. Sin la prisa que nosotros llevábamos qué de interesantes observaciones se pueden hacer en esa pequeña madriguera de criollos que es Teziutlán, y cuyos aledaños, en los que reinan la pobreza y la miseria, ofrecen un serio contraste con la ciudad.

Regresamos a la casa de Ávila Camacho, quien nos esperaba amable y comunicativo. Sin ser excepcional, nada de vulgar encontré en el presidente electo. Descubríase desde luego la falta de su experiencia política que ocultaba hábilmente con la suavidad de su fácil conversación.

Aunque opaco en sus frases, tenía instantes de lucimiento. Daba la idea del individuo que sólo por indolencia no ha abierto las páginas del Libro universal. Su caracterología era notoriamente la de quien no queriendo hacer mal a nadie, en el balance de su vida hace más males que bienes. Su amaneramiento afectivo indicaba que no correspondía a los hombres que se entregaban a la nobleza de la amistad, sino al interés de la amistad.

Fui para Ávila Camacho fiscal terrible. Sin embargo, me conmovió el esfuerzo de naturalidad que daba a sus respuestas. Cuando le pregunté cuál era su religión, de una manera categórica contestó que la católica, apostólica y romana. Lo dijo con entereza. Ningún otro presidente de México, desde hacía años, tuvo tamaño atrevimiento. Nada me atrae más en un hombre que cuando pronuncia la verdad, aunque ésta sea contraria a mi pensar. Con esa declaración, lo comprendí al instante, Ávila Camacho conquistaría a una parte de los mexicanos cuya inclinación hacia Almazán tenía todos los visos de ser decisiva.

Ninguna maldad encerró mi pregunta. El diputado Alejandro Carrillo se equivocó, cuando en la tribuna de la cámara dijo que yo había obrado dolosamente. Yo quise conocer los sentimientos y los pensamientos de Ávila Camacho. ¿Era posible dejar de interrogarlo sobre sus creencias religiosas cuando éstas, existiesen o no, forman en la vida del individuo?

No obstante que la conversación fue, en todas sus partes, en presencia de Morales y Díaz al despedirme de Ávila Camacho, agrado pero también hondamente preocupado, le pregunté si podía hacer públicas, por la elevada importancia que tenían sus palabras, a lo que me contestó autorizándome para que las usara conforme a mis deseos.

Salimos de Teziutlán cuando entraba la noche, dirigiéndonos a Tehuacán con el propósito de tomar un breve des-

canso. De allí, al siguiente día fuimos a Orizaba en donde se encontraba mi madre, acompañada de mi hermana Renée, visitando a Guillermo, el menor de la familia.

De regreso en México me entregué silenciosamente a escribir mis impresiones sobre Ávila Camacho; y me encontraba en esta tarea, cuando llegó a mí el capitán Waldo Romo Castro, individuo de despejado talento y ayudante de Ávila Camacho, quien me comunicó que éste deseaba, que por la repercusión que pudiesen tener sus respuestas y debido a que yo no había hecho apuntes, que permitiera al propio Romo Castro examinar el texto de la conversación, antes de que el original fuese entregado al director de *Hoy*.

Puse a la vista de Romo Castro el manuscrito, no sin advertirle que no acostumbraba que mis trabajos fuesen leídos antes de su publicación; pero que tratándose de las palabras de un futuro presidente creía necesario, dada la trascendencia que encerraban, que fuesen escrupulosamente examinadas, aunque confiaba en haber repetido con exactitud lo dicho por Ávila Camacho.

Romo Castro ofreció devolverme el manuscrito horas más tarde; pero como esto no sucedía, fui en su busca. Me hizo esperar cerca de dos horas, y devolviéndome el original me dijo que Ávila Camacho estaba admirado de la feliz versión de nuestra conversación, y que la única petición que tenía que hacerme consistía en que cambiara la frase "soy católico" por la de "soy creyente".

¿Por qué, me he preguntado después, las injurias de que me hicieron objeto los amigos de Ávila Camacho al ser publicada la conversación con el presidente electo? Se me calificó de perverso y satánico; y no faltó quien tuviera la audacia de afirmar que yo había obrado por cuenta del clero mexicano.

Las palabras de Ávila Camacho, pues, fueron causa de una tempestad; y confieso que temí en la flexibilidad del presidente electo. Me equivoqué. Ávila camacho hizo honor a la verdad. Siempre me han sido repugnantes quienes se desdican o quienes, por complacencia momentánea, prometen y no cumplen.

Jamás he tenido la osadía de desvirtuar una sola palabra de las que he sido asiduo coleccionista. Si algunos —reducidos en número y todavía más en calidad, por cierto— hicieron rectificaciones a mis escritos, no es porque yo hubiese adulterado sus expresiones, sino porque cuando las han visto impresas, provocando los efectos consiguientes, por miedo han tratado de lavarse las manos culpando, como siempre, a quienes la parte más débil; y esto sucede en un país como el nuestro, donde el pensamiento no tiene la solidez de los pueblos organizados y dueños de una conciencia.

Siempre desterré de mis procedimientos lo torturoso; y mi amor por la rectitud y la verdad en todos los actos de mi vida lo he sometido a las más duras pruebas.

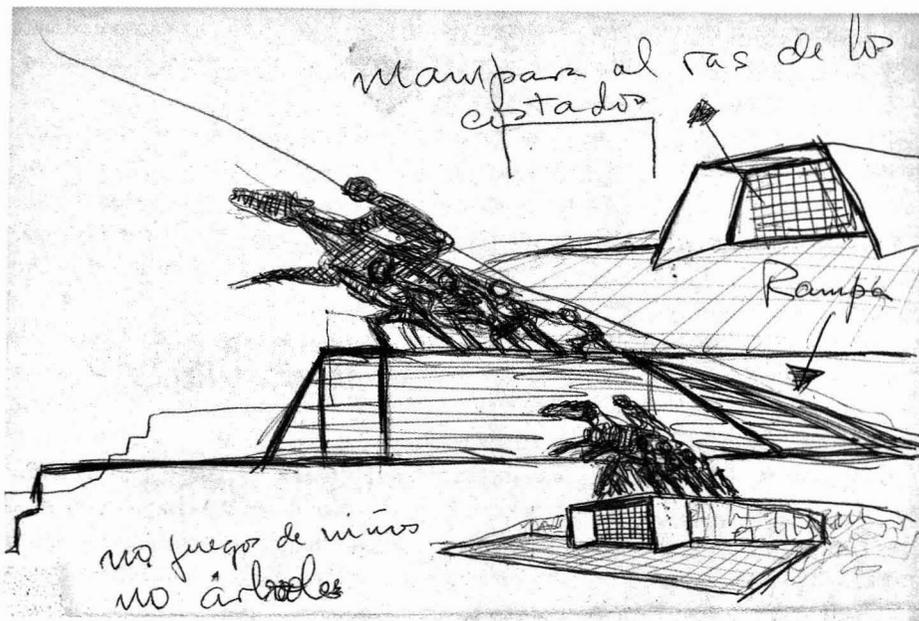
Quien esté acostumbrado a manejar documentos históricos sabe que tarde o temprano la luz de la verdad brilla con la esplendidez que tiene en nuestro trópico. A veces, la

forma literaria o la pasión, pueden dar determinada oscilación al sentido estricto de un vocablo o de una frase; pero ni los hechos generales ni los particulares pueden en su esencia permanecer en la obscuridad eterna.

Sin vanidad alguna, digo que la publicación de mi plática con Ávila Camacho reconcilió a éste con un fuerte núcleo popular. No me refiero al católico decapitado políticamente hace un siglo. Hablo de esa porción mexicana que no ha alcanzado ningún privilegio; ni siquiera el privilegio de los sindicalizados. Pero alentó también, por desgracia, al sietemesinismo plutocrático, que aprovechó al nuevo gobierno como portentosa incubadora que dio cuerpo y extensión a sus fondos y fueros por toda la república.

### La vecindad de la II Guerra Mundial

Plácidamente se postraba el día. Habíamos saltado sobre tecorrales y bardales para ir de huerto en huerto. Todo era fragancia y quietud; y sólo rompía el silencio el murmurio del despeñadero de las aguas del arroyo de Tlaltenango al que contem-



plábamos desde una pequeña meseta cubierta con árboles: aguacates, mameyes, mangos, guayabas.

Largo caminar el de esa tarde después de haber dado Padilla a los ingenieros, quienes no salían de su asombro ante la ráfaga de proyectos del ministro, los trazos para su nueva finca: orientación de la casa, superficie para el jardín, aprovechamientos de las inclinaciones del terreno, medidas del vallado, orden de plantación de los más diversos frutales.

De regreso, y mientras que seguíamos con la mirada en las aguas de la cascada de Tlaltenango que, saltando sobre

las peñas y bajo los últimos rayos del sol, daban efectos magníficos de luces y formas, Padilla advirtió cómo aquella ordenada naturaleza podía ser sacudida por la lucha de los hombres. Todo estaba expuesto a la transformación violenta o pacífica. Excesivo el poder del hombre para romper los nudos de una paz natural, y sin superiores esfuerzos los de una paz artificial. ¿Por qué, seguía diciendo Padilla, el mundo democrático no estaba preparado para la guerra?

Hacia tres semanas que los nazis caminaban sobre el suelo ruso, y ya no era un disparate hablar de una nueva guerra a la que ningún pueblo escaparía. ¿Qué papel estaba llamado México a desempeñar en el drama? No por la vecindad y la amistad con los Estados Unidos, sino porque la nación que no condenara las guerras de agresión y conquista no tendría mañana el derecho de reclamar su independencia si llegara a ser asaltada o invadida por el extranjero, México se vería obligado a concurrir a la contienda.

Pero ¿qué podíamos esperar del país? ¿Existían los hombres capaces de hacer entender este principio al pueblo mexicano en el que, sobre una doctrina que debió haber creado la Revolución, aún latían los odios para los noramericanos?

Si México no disfrutaba los beneficios de una democracia, de los derechos a las libertades y a las garantías individuales, ¿podría comprender el significado universal de la guerra? ¿Poseía el Estado mexicano las características de una grandeza que da soldados y levanta empréstitos, que crea pasiones y consolida intereses?

Contra su costumbre, Padilla escuchó mis preguntas que se siguieron a sus reflexiones, como quien por primera vez se da cuenta de que no solamente él sabe pensar. Luego, siguió hablando: tampoco Estados Unidos estaban preparados para la guerra; pero caballerosos y valientes marcharían a los frentes de batalla. Mas los noramericanos, advertí, no sólo tenían un presidente, cuya era la palabra que por el poder moral de su doctrina crearía

guerreros capaces de cruzar los mares y los aires con el sentido de los posesos.

A excepción de que el propio Padilla —seguí hablando— se convirtiera en catequista y apóstol, toda empresa para hacer figurar a México en el estrado de la democracia internacional en esos días, me parecía infructuoso. No atinaba a creer que Ávila Camacho tuviera la abnegación suficiente ni el valor necesario para el sacrificio de su pueblo por una doctrina que no sentía, que no estaba dentro de él. Tampoco era posible admitir que un pelmazo como el general Pablo Macías, quien ocupaba el minis-

terio de Guerra, poseyera los más medianos dones para hacer del ejército una fuerza combativa en el exterior del país.

Padilla se volvió violentamente a mí: ni Ávila Camacho ni Macías se opondrían a una participación de México en la guerra que estaba ya dibujada en el horizonte; el obstáculo sería el general Cárdenas. Las palabras del ministro fueron tajantes; y sin más abrir la boca, reemprendió el camino.

Días después, aunque sabiendo que el procedimiento estaba fuera de mis atribuciones, aparte de que el ministro no creía en mí —él era viejo e inteligente político; yo un aficionado—, presenté a Padilla un memorando, no como sugerencia que su soberbia no hubiera admitido, sino escrito en el tono de un acuerdo del propio Padilla. Sin extenderme en consideraciones decía en el memorando que México reanudaría sus relaciones diplomáticas con Gran Bretaña y Rusia y que las establecería con el Vaticano.

Desabridamente leyó el ministro la nota, y sin hacer observaciones, procedió a dictarme los acuerdos; pero al terminar, con un poco de burla, me preguntó si yo pretendía que cayera el gobierno de Ávila Camacho; pues ¿cómo era posible que yo me tomase el atrevimiento de promover relaciones con la Santa Sede? ¿Que no poseía la capacidad suficiente para darme cuenta de que tal hecho provocaría una guerra civil?

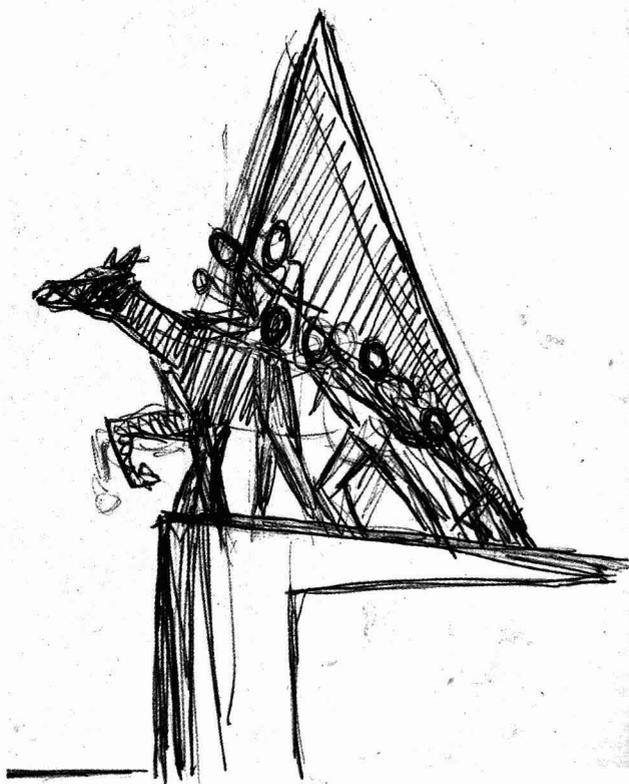
Un gobierno mexicano que se declarara católico, estaba perdido. Mi proyecto olía a incienso, a catedrales, a clero, a Maximiliano. Leí en sus labios la misma expresión que Santos me dedicara; pero le detuve, recordándole que él mismo, y con razón me llamaba impío; y que si alguien creía en un Estado laico, era yo. Mas existían motivos de Estado para establecer relaciones con el Vaticano. El ministro me escuchó con paciencia. Su comentario final fue de que nunca, ni dentro de cien años, podría ser vista la figura de un nuncio en el salón de recepciones del ministerio. Me devolvió el memorando pidiéndome que lo destruyera —porque de caer en manos extrañas sería una bomba de dinamita contra él.

Más tarde, y al preguntarme si el peligroso documento estaba incinerado, a lo que le respondí que lo tenía en mi archivo y firmado para que nadie dudara de mi responsabilidad, me dijo que no era mala idea la de reanudar las relaciones diplomáticas con Gran Bretaña; pero ¿pondría el gobierno británico bajo tierra las impertinencias originadas por la expropiación de las empresas petroleras? Quiso enterarse, y así lo hizo, de las notas cambiadas con la Gran Bretaña con motivo de los incidentes que condujeron a la suspensión de relaciones; y en seguida me comisionó para que por conducto de una persona indicada por don Luis Montes de Oca, fuese invitado el cónsul británico a una plática informal. De esa conversación partió el nuevo y feliz entendimiento con el gobierno de la Gran Bretaña. Me alegré por la admiración que tengo al pueblo inglés.

Aprovechando la proximidad del aniversario de la revolución rusa, hablé al ministro nuevamente sobre la reanudación de las relaciones diplomáticas con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, por lo que me preguntó si yo tenía inten-

ciones de que México fuese convertido en un centro de propaganda comunista. Me referí a las penalidades que en esos días estaba pasando el pueblo ruso; su territorio invadido, sus soldados sacrificados, su economía destruida. ¿Iba México a permanecer indiferente frente a ese espectáculo? ¿No sería nuestro silencio justificación para cualquier agresión que sufriera nuestra patria? Mis argumentos no encontraron eco en el ministro.

Me visitaba a menudo el doctor Jacques Soustelle, representante del general Charles De Gaulle, quien encontró en mí toda la simpatía para Francia Libre. De nuestras conversaciones pasaba nota a Padilla, hasta que me dijo que yo estaba comprometiendo al gobierno de México; pues que el ministro francés M. Albert Bodard, no ignoraba mi amistad con Soustelle. Azuzaba a Padilla contra el representante de Francia Libre y contra el



general De Gaulle, de quien decía que en momento de peligro había huido de su patria, el subsecretario Torres Bodet.

Con motivo de un almuerzo al que fui invitado por el doctor Gilbert Medioni, quien sustituyó a Soustelle en la representación de Francia Libre, el ministro me pidió que no concurriera, explicando que mi amistad con los delegados de De Gaulle pondría en peligro las vidas de miles de españoles que estaban en territorio francés bajo la custodia del ministro de México en Vichy; pero al fin, convino en que mi presencia en el almuerzo no causaría los males que él imaginaba. ♦